

GREGORIO CASAMAYOR

BÚSCAME

BARCELONA 2023



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2023 by Gregorio Casamayor Pérez
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-42-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 7718-2023

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

1. Una posibilidad entre un millón	7
2. El lastre de los días	79
3. Busca en tu interior	105
4. Ni saludo ni despedida, ni remite ni remitente	161
5. Último verano en Cape Cod	187
6. Siento nostalgia del beso	279
7. Fotograma a fotograma	299
Epílogo. Grupo familiar en Aquinnah	367

*Para María Pujol, Víctor y Clara,
como no puede ser de otro modo.*

No me extraña que los amigos piensen
que mis fotos son tristes: es más, les doy
la razón. Revelador, paro y fijador tam-
bién son tóxicos. Lo es también la vida.

ALBERTO GARCÍA-ALIX,
Moriremos mirando

UNA POSIBILIDAD ENTRE UN MILLÓN

El diario que Paul Knobel examinaba con aprensión a causa de la humedad, mientras lo sostenía incómodo y lo hacía bascular de una mano a la otra, parecía condenado a desaparecer. Unos días atrás había estado a punto de deshacerse bajo la lluvia en la Grand Army Plaza de Brooklyn y, en ese momento, sólo por casualidad, o quizá a causa de una frase inesperada, desconcertante, descubierta al azar en una de sus páginas, conseguía eludir su destrucción por segunda vez. Habían pasado nueve días desde que Paul recogiera ese diario frente a la biblioteca pública; desde entonces había permanecido olvidado en el bolsillo exterior de una de sus bolsas, junto al resto de su equipo. Era un cuaderno de cierto grosor, repleto de encartes y recortes de prensa, y si se había mantenido cerrado era gracias a una cinta elástica que lo ceñía. Sin embargo, cuando decidió examinarlo, el diario se desplegó como un viejo y abandonado acordeón.

Paul intuía que había perdido un tiempo precioso para poder devolver ese cuaderno. Lo sostuvo en sus manos como si pudiera calibrar la importancia de su contenido y la posibilidad de intentarlo todavía o, muy a su pesar, de deshacerse de él. Un diario personal es un objeto muy íntimo, él nunca había llevado uno, pero sabía de gente que se sentiría expuesta, angustiada, en caso de extraviar el suyo. Antes de tomar una decisión paseó la mirada por algunas de sus páginas, al azar, y entonces surgió ese texto escrito el 5 de julio: «Siento nostalgia del beso». Lo leyó como si se tratara de un mensaje lanzado al océano en una botella, y a continuación, como si la llamada de socorro del náufra-

go no bastara, a toda página, en letras mayúsculas dignas de un tabloide, aparecía de nuevo:

SIENTO

NOSTALGIA

DEL BESO

Una mujer—para el fotógrafo Paul Knobel esa caligrafía redondeada y el trazo sensual de las letras *g* y *b* sólo podían pertenecer a una mujer—había escrito «Siento nostalgia del beso» en su diario; en la parte superior derecha de la página aparecía también la fecha: 5 de julio de 2003. En el penúltimo instante esa frase hallada al azar, escrita en rabiosa tinta violeta, impidió que acabase en alguna papeletera o una trituradora de papel. Paul buscó alguna referencia sobre su propietaria en las primeras páginas. Fue en vano. Todo el bloque inicial estaba compactado por la humedad, las páginas se rompían sólo con intentar separarlas y los textos surgían emborronados. En aquellas condiciones era imposible encontrar dato alguno sobre la presunta autora. De todos modos, por suerte para ella—si es que conseguía localizarla y devolverle su diario—, la tapa gruesa, la guarda y algunas páginas iniciales que el editor había dispuesto con una finalidad meramente decorativa se habían convertido en un dique de contención que había mitigado el daño que la lluvia había infligido al cuaderno y había permitido que, a pesar del evidente deterioro, los textos fueran legibles a partir del 14 de enero.

El diario era de una mujer, el fotógrafo no lo dudó ni un instante. Esa frase, directa, íntima, expresaba una emoción que brotaba incontenible de los dedos o de los labios; la tinta de color violeta era también un claro indicio. A Paul, «nostalgia del beso» le pareció un buen motivo para una colección de fotografías. Recordó haber tenido en sus manos algún libro con imágenes y frases sobre el beso, todas muy convencionales: parejas de todas las edades y condición en

el trance de compartir un beso suave o arrebatador, casto o voluptuoso, aunque muy pocas le habían parecido sinceras. Le vino a la memoria un fotograma de la película *De aquí a la eternidad*, una imagen en blanco y negro de Burt Lancaster y Deborah Kerr besándose en la playa. Burt, tumbado en la arena, el torso levemente incorporado, y Deborah, abrazada a él mientras las olas se deslizaban sobre ellos como sábanas de seda y jugaban a cubrir y descubrir sus cuerpos. Aunque a Paul, la nostalgia del beso le sugirió un libro distinto, evocador del momento exacto, y empezó a visualizar imágenes concretas—«deconstrucción del beso», llamaría a la serie—, y fotografiaría labios sobre todo: las grietas de los labios, las comisuras de los labios, la lengua asomándose al balcón de los labios, la sonrisa desenfocada de uno de los dos amantes, la piel agrietada alrededor de la boca, unos labios cabalgando sobre otros, los rostros deformados de la pareja, unos ojos cerrados y soñadores mientras son besados, unos labios rojos o quizá azules o amarillos o de cualquier color imposible contra un vidrio translúcido invitando al beso, la expresión alhelada del amante que refleja la intensidad del beso. Pensó incluso que si no conseguía devolver el diario, una fotografía de esa página constituiría un buen reclamo.

Abandonó el cuarto oscuro con él en la mano y se dirigió a la sala, se acercó a uno de los ventanales que daba a la calle Varick. La tarde estaba plomiza, un manto de nubes cubría la ciudad, el viento sacudía los árboles y parecía frenar el paso de los peatones. Aún podía leer sin necesidad de luz artificial. Se sentó en la repisa de la ventana y echó otro vistazo, encontró otra anotación en las páginas siguientes que ampliaba esa misma idea: «Siento nostalgia del beso, del beso rápido, imprevisto, y del beso apasionado, del beso de despedida que te retiene, y del beso del encuentro que te acoge».

Era del jueves 10 del mismo mes, la autora no había es-

crito nada más. En la página siguiente, correspondiente al viernes 11, encontró un fragmento de papel cebolla con unos labios estampados, de un rojo intenso como el del envase de ketchup de Heinz. Debajo aparecía un nombre: Walt. «¿Son los de ella?», se preguntó Paul. Eran unos labios grandes, carnosos, que al parecer ansiaban ser besados. Cerró el cuaderno. De inmediato lo volvió a abrir por la misma página. Avanzó un poco, con cuidado, y encontró otro texto sobre el beso fechado el 16 de julio; la letra era la misma, por supuesto, pero de un tamaño más pequeño, como si al empezar a escribir ella ya hubiera intuido su extensión:

Hay un beso para cada ocasión: para el encuentro y para la despedida, para la felicitación y para el pésame. Besos dulces y ásperos, fríos y apasionados. Hay culturas que sólo comparten un beso; otras se dan dos; algunas, tres besos, y todavía hay otras que se dan hasta cuatro y seis besos. Besos en la mejilla. Besos en la boca. Besos con la nariz. Hay culturas en las que el beso no se da, se hace. «Hazme un beso», se pide. Hay un beso de colibrí, una caricia delicada y tenue con una pestaña.

Entre las páginas siguientes había una carta manuscrita doblada por la mitad, como si la hubiera escrito o recibido por esas fechas. Echó un vistazo y le pareció que había más cartas dobladas. Pensó que quizá el espacio del diario le había resultado insuficiente, o que había escrito esos textos en un momento en el que no tenía el cuaderno a mano, hasta que desplegó una y comprobó que no se trataba de la misma letra: la caligrafía era más perfilada y nerviosa, y la tinta no era violeta.

El cuaderno estaba lleno de encartes de todo tipo, por eso necesitaba la cinta elástica. Más adelante, entre algunas páginas fechadas a finales de julio, encontró un sobre gris

de la librería Strand y en su interior dos postales: una pareja desnuda en mármol blanco, *El beso* de Auguste Rodin, y la otra era esa fotografía tan conocida de dos paseantes besándose en París: *Le baiser de l'Hôtel de Ville* de Robert Doisneau. «Todavía no ha pasado mucho tiempo», se dijo Paul, e imaginó la escena y el momento en que él acudía a su casa, devolvía el diario a su propietaria y la miraba directamente a los ojos. «¿Cómo es esa mujer?», se preguntó. Al fin desechó ese pensamiento por absurdo o, peor aún, por peliculero: le pareció el guión de una mala película francesa, como las que Sarah Norton le había obligado a ver de vez en cuando.

Gracias a esos textos sobre el beso, sobre la nostalgia del beso, el diario se libró, en el último instante, de la destrucción. A Paul Knobel esa expresión le resultaba más y más familiar a medida que la iba repitiendo, que la oía en su interior, y sin embargo no conseguía ubicarla en un texto o en un autor concretos. Por curiosidad husmeó en los estantes en busca de un indicio, e incluso abrió varios libros al azar, hasta que cayó en la cuenta de que no se trataba de un texto que hubiera leído, sino de una frase en labios de una persona conocida. Lo que debía hacer era esforzarse en ponerle voz. Y, en efecto, esa voz era la de su madre, el último verano que compartieron en Cape Cod, en 1992, acaso durante el último paseo que dieron juntos camino del faro de Wood End. «Sí, fue allí», recordó; Norma hablaba de Thomas, de cómo se conocieron, del poco tiempo que pudieron compartir, y entonces hizo un comentario muy emotivo sobre un beso, tanto que le llamó la atención. Norma estuvo muy intensa en ese viaje: le hizo a Paul una especie de balance de su propia existencia, le refirió multitud de situaciones y anécdotas con relación a su niñez, a su padre, a su padrastro, a ella misma. Y quizá su última confesión, la postrera confidencia personal que compartió con su hijo, fue que sentía

nostalgia del primer beso de Thomas. Y sólo por azar, once años más tarde, aparecía una frase muy parecida, casi idéntica, en el diario de una mujer desconocida.

Paul buscó con la mirada el reloj del equipo de música, no podía entretenerse más si quería llegar puntual a la editorial, así que pospuso de nuevo su decisión y devolvió el cuaderno a la pequeña sala de revelado cuando entró a recoger las pruebas que debía llevar a su editora.

En el transcurso de las siguientes semanas Paul Knobel tuvo que reconocer que lo más relevante de ese viernes 10 de octubre, cuando iba ya de retirada, resignado, derrotado por una luz inclemente, fue el hallazgo del diario que Gloria Graham había extraviado en la Grand Army Plaza.

La mañana de ese viernes, como los tres días anteriores, el fotógrafo llegó a la avenida Lafayette antes que su equipo técnico para prever la disposición de la grúa, los focos, las pantallas y las cámaras. Necesitaba contemplar la escena una vez más; la imagen que perseguía era una realidad en su mente antes de que surgiera en el visor de la cámara o se materializara en el papel fotográfico, y hasta que no pulsaba el disparador solía cuestionar una y otra vez todas sus decisiones. El día había amanecido húmedo y nuboso, pero eso no significaba gran cosa—el clima de la ciudad es muy voluble, como el humor de sus ciudadanos—, y Paul confiaba en disponer de un par de horas de tregua para hacer su trabajo. Su pronóstico no se cumplió, una vez más el plan previsto se vio trastocado y justo por ese motivo resultaba crítico poder capturar las imágenes que debían completar un libro que estaba ya en proceso de edición.

Es un día penoso, jefe, peor que ayer, le espetó Rufus a modo de saludo. Llovía en ese momento, como si la lluvia hubiera llegado arrastrada por su ayudante, y la luz esta-

ba espolvoreada de ceniza. Esa luz no servía para el tipo de libro que estaba preparando, una obra optimista, plena de color y de encanto, y ninguna pantalla podría mejorar la situación.

—¡Maldita sea!—protestó Paul—, llevamos así toda la semana, si el tiempo no nos da una tregua habrá que renovar el permiso municipal, volver a contratar la grúa y el equipo para una semana más, no sé de dónde diablos voy a sacar el dinero.

—Si te parece, jefe, despediré a los operarios, así al menos nos ahorraremos las dietas. Sí, ya sé lo que me vas a decir—continuó Rufus—, que tenemos que estar preparados por si mañana mejora; está bien, a esta gente, mientras le paguen, poco les importa, pero a este paso no acabaremos nunca. ¿No tienes suficientes tiendas? ¿Qué importa una más o una menos? Y una frutería... Ya me dirás qué glamour puede tener una frutería de barrio.

No era una frutería cualquiera, su editora y Rufus lo sabían, pero no estaban dispuestos a admitirlo. Cada día la propietaria, Nancy Beardsley, una señora tan radiante como la fruta que vendía, dedicaba casi tres horas a componer un espacio de exposición que abarcaba el frente de la tienda y los espacios laterales, con cajas de madera que colocaba de manera horizontal sobre la acera e inclinadas en un segundo, tercero y cuarto nivel. Ordenaba el género combinando los colores y sus tonalidades y conseguía una composición cromática siempre distinta y sugerente. Empezaba a eso de las seis y media de la mañana, cuando su marido le traía la fruta y la verdura del mercado central, y no vendía nada hasta después de las nueve, tras haber tomado varias fotografías. A continuación, en invierno o cuando amenazaba lluvia, Nancy protegía las cajas con una estructura de plástico que envolvía la tienda como si fuera un invernadero y que sólo permitía el acceso por la puerta prin-

cial. A final de año, durante tres semanas, exponía las fotografías en la galería Red & Black que, a su vez, decoraba el exterior como si fuera una frutería. El colorido de la fruta y la verdura contrastaba de manera magnífica con el gris invernal. La señora Beardsley exponía unas sesenta o setenta obras, de diversos tamaños; la gran mayoría había quedado descartada, según ella, por problemas de luz, de ángulo o de composición, o simplemente porque no las consideraba atractivas, y había eliminado otro grupo porque consideraba que ya estaban muy vistas. En total, desechara casi dos mil fotografías cada año. Además de las que le compraban en la exposición, solía vender los derechos para postales, calendarios e incluso portadas de revistas de gastronomía. Nancy Beardsley, que junto a la tienda había heredado de su abuelo Kurt Elling dos aficiones, o más bien dos pasiones, la fotografía y el jazz, ganaba más dinero vendiendo fotografías que fruta.

Paul podía tomar una foto convencional desde la misma acera con un gran angular, o hacer un plano medio con el nombre del establecimiento y algunas cajas de fruta o verdura, pero esas imágenes no le servían, se parecían demasiado a las que exhibía la frutera. Además, no le interesaba el cromatismo de los productos, sino el propio establecimiento como foco de atracción de las miradas de transeúntes y conductores. Por eso quería hacer la foto con grúa, desde la acera de enfrente, picada, y en el momento en que varias personas pasaran por delante, todas con la cabeza vuelta hacia la tienda, atraídas por el colorido y la fragancia de la fruta.

Paul había efectuado algunas concesiones en la selección de establecimientos mientras tomaba las fotografías muy a su pesar, puesto que la negociación con la editora había

sido ardua y cada cambio significaba empezar de nuevo con el papeleo, pero algunos comerciantes estaban quejosos y se lamentaban de que, después de más de cincuenta años, e incluso de más de un siglo de existencia, no estaban seguros de poder llegar a final de año. La mayoría tenía el local en alquiler y de repente parecía que todos los administradores de fincas se habían puesto de acuerdo para duplicar los precios hasta unos niveles que sólo las franquicias o los restaurantes caros podían asumir. El fotógrafo entendía su pesadumbre, pero la respuesta a sus quejas requería un formato distinto, quizá un reportaje periodístico que mostrara los itinerarios ciudadanos para acudir a la ferretería, o al estanco, o a la lavandería, y que pudiera reflejar el desconcierto de los pasos, las dudas que introducía en los hábitos de las personas, y cómo a medio plazo afectaría al resto de los establecimientos de la misma zona, cómo una calle comercial acababa transformándose en una zona de ocio con los cambios que implicaba en los niveles de ruido, en los horarios y en el tipo de público.

Una anciana, vecina de una antigua ferretería en Madison, le había abordado mientras hacía las fotografías de esa tienda. Se había acercado a saludarlos, apoyada en un andador y bajo la vigilancia de una cuidadora hispana, y había mostrado una amabilidad y una elegancia que Paul sólo recordaba en su abuela Elisabeth. La señora Martins tenía la piel translúcida, manos delicadas surcadas de venas azules y una mirada gris acuosa que delataba unas incipientes cataratas. «Primero desaparecen nuestros comercios—le había dicho la señora Martins con un hilo de voz—, luego abrirán algunos restaurantes, los bares y las salas de fiesta, y al final se acabará convirtiendo en una calle de destino y llegarán las mujeres que fuman». A Paul le sorprendieron esas expresiones—«calle de destino», «mujeres que fuman»—, pero no supo qué contestar. No pretendía hacer un libro

reivindicativo—para eso ya existía otro tipo de publicaciones—; él quería reflejar cómo esos establecimientos formaban parte del paisaje ciudadano, mostrarlos como islotes en una ciudad que perdía su identidad ante el auge de las franquicias, y había escogido un centenar únicamente por criterios estéticos o por la singularidad de su propuesta. En cada entrevista previa con los comerciantes, les rogaba que no hicieran cambios repentinos, insistía una y otra vez para que no se les ocurriera pintar la fachada o incorporar algún elemento que pudiera modificar su fisonomía.

Paul Knobel llevaba trabajando en ese proyecto más de diez meses. Primero había realizado una batida por la ciudad para localizar el mayor número de establecimientos comerciales que destacaran por su personalidad y por su integración en la ciudad; a ser posible debían de estar en funcionamiento desde antes de la segunda guerra mundial. Había pedido ayuda también en el Ayuntamiento y la asociación de comerciantes le había facilitado información muy valiosa. Después los había visitado todos, incluso había preparado un dossier con las instantáneas que iba tomando. Una vez efectuada la selección, junto con Rufus o con Rachel Bold, su editora, se había presentado a los dueños y tenía concedidos y firmados los permisos correspondientes, incluida la cesión de derechos de imagen.

El fotógrafo pensó en aprovechar ese viernes fallido; tenía que hacer lo imposible para recuperar al menos una parte de su plan de trabajo. A pesar de la lluvia decidió acercarse a la frutería y estudiar de nuevo los encuadres más interesantes. Hizo algunas fotos rápidas con la cámara digital y les echó un vistazo. Para captar ese comercio necesitaba una grúa, no había otra opción. En la diagonal de la entrada había un armario gris verdoso metálico, una enorme papelera

verde pintarrajeada y un árbol raquítrico, ni siquiera bueno para leña, que no tenían cabida en sus fotografías. Rachel Bold, la editora con más criterio y más experiencia que había conocido hasta la fecha, era del mismo parecer que Rufus. «No te compliques la vida, Paul—le había rogado—, nadie echará de menos esa frutería». Fue el primer y único signo de debilidad que pudo entrever en ella. El argumento de Rachel era de peso: «El libro tiene que estar en las librerías para Navidad, y eso quiere decir el 15 de noviembre como tarde—precisó—. Si retrasamos la edición perderemos un treinta por ciento de las ventas. Además—se sinceró—, lo necesito para conseguir mi bonus». El libro estaba ya en fase de maquetación y de momento se habían limitado a reservar el espacio necesario para acoger la frutería. Paul podía prescindir de esa tienda, tenía material suficiente para publicar un libro magnífico. Un libro sobre establecimientos comerciales con encanto tenía el éxito asegurado en Nueva York. Pero le gustaba, le fascinaba el baño de color que aportaba a la calle y admiraba el tesón de la señora Beardsley.

La negociación para decidir qué comercios aparecerían en el libro fue extenuante. Al principio todo resultó tan fácil y rápido que Paul pensó que se había equivocado de planeta. «¿Dónde está la trampa?», se preguntaba una y otra vez. La editorial acogió su idea con entusiasmo, un libro así podría venderse en todo el mundo. Y una semana más tarde surgió la trampa: era Rachel Bold. «Es una de nuestras mejores editoras—le había dicho el director al fotógrafo—; tiene sensibilidad, criterio y oficio». Y justo entonces comprendió que no iba a ser sólo su libro y su idea, que la editorial quería asegurarse su inversión y Rachel Bold debía garantizarla.

Cuando el fotógrafo le dijo a la editora que no por octava vez en la primera reunión que tuvieron en su despacho,

decidió pisar el freno. «¿Qué está pasando?—se preguntó—, ¿adónde nos conduce esta absurda situación?, ¿por qué tengo la sensación de que no hablamos el mismo idioma?». Estaba en el despacho de su editora, desde una ventana rectangular que iba desde el suelo hasta el techo, una más de las miles de ventanas que daban a la Sexta Avenida, podía ver el monumental atasco que se había organizado de nuevo. Como siempre destacaba el amarillo de los taxis: era una estampa típica de la ciudad, una larga caravana de vehículos atrapada en un desfiladero formado por edificios que parecían no tener fin; también él había tomado varias imágenes como ésta. Paul se había levantado a echar un vistazo mientras la editora atendía una llamada urgente. Disponía de un par de minutos para reflexionar antes de dejarla plantada de una vez y desechar para siempre la idea de ese libro o quizá reconvertirla en otro proyecto.

Rachel le había sorprendido por su dura resistencia, casi pétrea. Era una mujer obstinada de mediana edad, afroamericana, de apariencia adorable, cabello entrecano, ojos grises claros, sonrisa fácil, manos suaves de dedos cortos y fuertes, formas redondeadas. Desprendía una dulzura que se solidificaba y se convertía en un muro formidable justo cuando empezaba a hablar de trabajo. Paul apenas había tardado dos minutos en darse cuenta de que cada uno de ellos partía de una idea diametralmente opuesta. La editora se refería a todos esos establecimientos distinguidos de Manhattan y de las grandes avenidas de Brooklyn, Harlem o Queens y el fotógrafo le hablaba de pequeñas tiendas, singulares, dedicadas a actividades muy cotidianas y que estaban repartidas por la geografía imposible de los barrios.

Decidió tirar la toalla, de hecho todavía no había un compromiso en firme. Mientras ella hablaba por teléfono, se dirigió a la mesa y empezó a recoger las fotografías que había tomado como muestra, los esquemas que había dibujado,

sus carpetas, y le hizo un significativo gesto de despedida a su editora. Antes de que el fotógrafo alcanzara la puerta, Rachel Bold colgó el teléfono sin despedirse de su interlocutor y se lanzó tras él. La editora retuvo durante un segundo al fotógrafo, con la puerta entreabierta, le rogó que se sentase y, sin transición alguna, le propuso una metodología de trabajo tan pragmática que le dejó estupefacto: «Cada uno trabajará con su lista de establecimientos y marcará los que considera innegociables, los que cree que deben estar y los que pueden ser eliminados. Y a continuación, los dos tendremos la posibilidad de recuperar un porcentaje de la lista del otro sin atender a ninguna clasificación». Según la editora deberían quedar un centenar de establecimientos, y más tarde acordarían los que tendrían el privilegio de aparecer a doble página, que según ella deberían ser una veintena. También ideó un sistema de repesca para cuando fuera preciso. Paul se animó entonces a poner algunas condiciones, como que los establecimientos llevaran abiertos y realizando básicamente la misma actividad un mínimo de cincuenta años. Tras valorar la propuesta durante un breve instante, la editora aceptó. El pragmatismo de Rachel desarmó a Paul, pensó que valía la pena jugársela y aceptó, y una hora más tarde firmaba un contrato que estaba más centrado en los plazos y en las penalizaciones que en la calidad de las fotografías, que la editorial daba por descontada.

El equipo técnico, con Rufus a la cabeza, se desvaneció como si la lluvia los hubiera arrastrado hasta las alcantarillas. Paul se había quedado solo y se encaminó hacia la Grand Army Plaza en busca de un taxi; podía ir al estudio y trabajar en la sala de revelado o hacer una visita sorpresa a la galería Axelle para interesarse por la organización de

su próxima exposición. Con su director, Raymond Dreiser, preparaba esa muestra desde el invierno anterior. La había titulado wsw, «Washington Square World», y tendrían que esforzarse si querían inaugurar en diciembre. Cuando iniciaron esas conversaciones Paul estaba ultimando otros proyectos y le era difícil concentrarse en el desarrollo de esa nueva idea. El proyecto wsw era radicalmente racional; en cambio, el de los establecimientos resultaba casi naïf, pero se había volcado en los dos, y además no se engañaba, necesitaba dinero para pagar las deudas de los gastos de remodelación de su estudio. Publicar un libro y vender algunas fotografías le ayudaría a salir del bache. Llovía con más intensidad cuando llegó a la Grand Army Plaza, no había ningún taxi frente a la biblioteca. Iba a ser un día sin suerte. Dejó las tres bolsas en la acera, protegidas por unos buzones de colores que distribuían prensa gratuita: prensa familiar en el verde y el azul; prensa para gais en el amarillo; y un extraño magazine en el naranja que llamó su atención y que no se decidió a hojear porque estaría deshecho antes de poder abrirlo. No tenía donde resguardarse, así que abrió un pequeño paraguas que apenas si le cubría la cabeza y los hombros. De todos modos, era preferible esperar allí: tarde o temprano algún taxista se apiadaría de él.

En lugar de amainar, la lluvia arreció de tal manera que el paraguas le pareció inútil y ridículo. Apenas diez minutos más tarde apareció un taxi vacío. Cuando advirtió que le había visto y que se dirigía hacia él, buscó su gorra de cazador y se la puso antes de cerrar el paraguas. Era una gorra negra, más o menos impermeable, con el logo de los almacenes Walmart en la visera, sin duda alguna el mejor regalo de Rufus. Paul era un tipo muy alto, medía casi dos metros, y en la mayoría de los taxis su cabeza tocaba el techo. Su ayudante había observado que era muy aprensivo, que se ponía de un humor de perros cuando su cabeza rozaba

uno de esos techos sucios y que luego se la cepillaba con la palma de la mano durante horas, como si quisiera ahuyentar ideas peligrosas o insectos imaginarios. «La gorra no vale gran cosa, me ha costado nueve pavos—le dijo Rufus—, y puede meterse en la lavadora». En la primera ocasión que se le presentó, Paul adquirió media docena más.

El fotógrafo abrió la puerta del taxi y lanzó sobre el asiento las bolsas de lona y la carpeta, y también un cuaderno en el que hasta ese momento no había reparado y que debía de estar allí, en el suelo, incluso antes de su llegada a la plaza. Quiso echarle un vistazo, por curiosidad, para valorar si valía la pena conservarlo o no, pero estaba tan empapado que resultaba desagradable al tacto y se limitó a guardarlo en el bolsillo exterior de una de sus bolsas.

Le dio al taxista la dirección de su estudio, prefería aligerar peso antes de hacer alguna otra gestión y, mientras el conductor reaccionaba y se incorporaba a la circulación, intentó ordenar sus cosas para acomodarse mejor. Pero fue en vano, el taxista insistió en que Paul hiciera la parte más importante de su trabajo: pensar el itinerario. «Mire, yo quiero ir hasta la calle Varick, en Tribeca, a la altura de la calle Franklin y Broadway Oeste—le repitió—, y sólo me interesa llegar lo antes posible. —Y finalizó señalando de manera ostensible el taxímetro—. Y, por favor, no corra—añadió—, la velocidad me marea y suelo vomitar. Vaya usted por donde crea conveniente—replicó ante la insistencia del conductor—, es su profesión, su vehículo». Estaba a punto de añadir que también era su ciudad cuando reparó en el turbante, en un rostro que parecía un mapa surcado de curvas de nivel, en la piel verde oliva y en su inglés entrecortado. Paul se desentendió, no era tan complicado circular en una ciudad prácticamente cuadrículada, y optó por callar, armarse de paciencia y decidir en qué invertiría el resto de su jornada.